

POEMAS. *Eduardo Milán*

Su resto entre las palabras,  
su huella metida ahí,  
ya sin pies, para memoria,  
flor apagada en seco.  
Hasta las flores florecerán de nuestro,  
de suyo, habría que decir, dolor intenso.  
¿Sólo fragilidad  
es verdad  
en la palabra? ¿No levante de alegría, no?  
¿También mañana quebró su prometida voz  
antes de llegar, como una rama?  
¿Por eso son cristales el rocío?

Memoria, déjame y  
suéltame recuerdo por ahí.  
No persigan ambos al sobreviviente,  
no canten al resultante,  
al consultante de las flores viejas.  
No preguntes por qué yo,  
pregunta por qué no yo  
fui feliz por un momento.

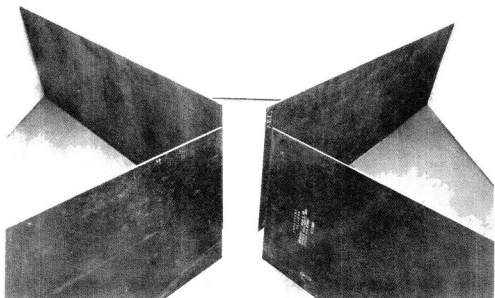
Pero el testigo, su yugo.  
Nunca un néctar  
de lo ocurrido, nunca un polen.  
Y todo el aleteo alrededor,  
el aleteo constante alrededor del testigo.  
Su "precisión" no es,  
sus ojos, del testigo, no son,  
su lengua, su no-lengua  
su cara-de-me- quedé,  
su rezago casi místico.

No quiere decir la nostalgia  
por una ausencia sucedida  
sin fecha. Sino la espera,  
la preparación sin fecha.  
Una huella que no está en la hora  
ni en la arena antigua ni  
en los pies que se derivan y derivan solos.  
Lo que se retiró se retiró sin dolerse  
como la soledad se retira.  
Si vimos un claro vimos un claro  
no más, aunque en el cielo.

Este verano las palabras estuvieron muy caras.  
Temprano nos recogíamos adentro.  
El sueño no siempre es oriundo  
y menos del esplendor de la leña que arde.  
¿Ardíamos  
por encarecimiento?  
No quiere decir que no fuimos felices.

No ser cosa  
ni ídolo de cosas.  
Cosas que dan, cosas  
que no dan: maldita diferencia.  
Saca tu cuerpo de la cosa,  
tu espíritu de la cosa:  
podrás ser amado de otra forma.

Cosas que andan, cosas  
que vuelan que parecen pájaros.  
¡Que vivan para siempre los sin cosas,  
los esenciales! Los pájaros,  
no cosas.  
Que las alas no sean otras cosas  
sino posibilidades de vuelo.



*Circuit*, 1972